

Guillermo Font, *Kik Ten Boom, el nieto del relojero*, Agua de Oro, Pacificarnos, 2019, 274 páginas.

La historia relatada por Guillermo Font en su libro *Kik Ten Boom, el nieto del relojero* es una historia de gran valor testimonial. Un relato preciso y llamativamente intenso que muestra la facilidad y la hondura con que la barbarie se hizo presente en nuestra historia.

El protagonista –Kik Ten Boom– era un joven de 24 años que vivía en Holanda, e integraba una familia firmemente arraigada en esa sociedad. Vivía con una perspectiva llena de sueños, producto de una mente inquieta y desafiante. No había nada que indicara que pasaría sus años de corta vida a rescatar personas del nazismo. Pues Kik Ten Boom se dedicó a salvar. A permitir que otros conserven su aliento mientras él lo perdía. A que muchos holandeses sobrevivieran a las garras del nazismo empleando las más sutiles armas de preservación que puedan imaginarse.

Jamás –creo– Kik Ten Boom pensó, en los albores de su vida, que destinaría valiosos años a proteger a personas indefensas, a salvarlas de las arbitrariedades y a cuidarlas de la irracional y ultrajante fuerza del totalitarismo.

En la Holanda de la época, a principios de los años 40, el poder del régimen se presentó de manera brutal. No tuvo piedad con nadie, como tampoco la tuvo en Polonia, en Francia, en Austria, en Checoslovaquia, en Yugoslavia. Oprimió y despojó a los holandeses de su vida, de su identidad, de sus fuerzas y, por supuesto, de sus bienes. Los ultrajó hasta el último resquicio y los fue a buscar casa por casa. Fue como una gangrena inhumana y pestilente destinada a silenciar las almas.

Desde luego el interés estaba puesto en los judíos; la persecución centrada en la perversa “solución final”. Pero la brutalidad estuvo destinada a las almas. A suprimir aquello que distingue al género humano en su independencia, su integridad y su ética. Aquello que con frivolidad, muchas veces, llamamos libertad.

El gran temor del régimen nazi era la libertad. Concebía que el género humano podía disciplinarse, controlarse y someterse hasta las últimas consecuencias. Que podían negarse, mediante los recursos más indecibles, las altitudes pretenciosas a las que puede llegar el espíritu individual.

Kik Ten Boom luchaba por eso. Pasó sus últimos años dedicado a sostener esos hilos de vida que, en la mayoría de los casos, debieron resultarle extraños (no conocía a la mayoría de las personas que rescataba). Y formó parte, Kik, de una familia especial. No era solo el muchacho que se batía contra el régimen acaparando el heroísmo. No fue el único. Fue integrante de una congregación de personas que, con amor, con entereza y con compasión, lucharon hasta su último aliento. Eso es lo que se llamó en aquella época “la resistencia”, y lo que aún hoy llamamos de esa manera.

¿Pero por qué se dedica Guillermo Font a Kik, pudiendo seleccionar a cualquier otro miembro de esa extraordinaria familia, en particular la tía Corrie, que luego fue muy reconocida? Creo que, porque además de enfrenarse al totalitarismo, protagonizó una cautivante historia de amor. El autor se interesó desde el comienzo en la historia de Kik y Hanneke. Cómo fue avanzando la relación frente a la locura, y cómo se fue enriqueciendo, guiada por un principio de profundo respeto hacia la dignidad humana y todas sus manifestaciones. Esa historia de amor enaltece el texto, lo humaniza y lo colma de contenido y de emoción.

El libro es un cuidado relato de la fragilidad humana. De la delicada relación que existe entre la esperanza y la realidad. Entre los sueños y las infinitas relaciones de poder que permiten (o no) que esos sueños se vean realizados.

El relato expresa una intensa vertiginosidad en el que cada instante puede suponer la diferencia entre la calma y la desesperación. Entre seguir viviendo o morir sin más.

Como dijimos, Kik formó parte de una familia que dio hasta su último aliento para proteger a otros. Puso obstáculos, impidió requisas, engañó a los infames y construyó ingeniosísimos diques para esconder a los perseguidos.

Su abuelo era relojero (Opa Casper). Su tía (Tante Corrie) una mujer de excepcional valentía. Y Kik era el alma vital del movimiento. Era el nervio que aportaba los lazos prácticos a una red que no quería claudicar. Una red de resistencia que no tenía otra ambición que proteger, cuidar y alimentar a las desesperadas almas perseguidas por la demencia.

Este es un hermoso libro. Una historia de vida que conmueve a la vez que interesa. Que moviliza y que reacciona frente a la increíble experiencia de la violencia institucionalizada. Leer la vida de la familia Ten Boom, y del propio protagonista, es meterse en las entrañas de la lucha por la vida. De la fuerza con que los hombres pueden resistir aun cuando no quedan fuerzas.

Kik se hacía llamar por sus colegas “el guardián”. Phylax es la forma en que esta expresión se traduce al griego. Así es como se hizo nombrar en la resistencia y así es – casi con absoluta certeza– como hubiese deseado que lo recordásemos hoy nosotros.

Pablo de San Román
(Universidad Católica Argentina)